

Hilda Nely Lucano Ramírez, *A favor de los animales. Fragmentos filosóficos contra el especismo*, Centro Universitario de los Lagos, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2017, 99 pp. ISBN: 978-607-742-993-7.

A mucha gente pudiera parecerle que el tema de la ética hacia los animales es una moda reciente, pero en realidad la reflexión de los filósofos acerca del tema se remonta a los orígenes mismos de la filosofía. Los filósofos presocráticos ya pensaban sobre el valor moral de los animales. Pitágoras, por ejemplo, prohibía a sus discípulos matar animales y comerlos, porque estos tienen «un alma común a la nuestra». Durante la época helenística, Plutarco, influido por Pitágoras, condenó la crueldad hacia los animales y argumentó a favor del vegetarianismo ético. Porfirio de Tiro, en el siglo III d.C., sostenía que matar animales para consumo humano constituía una injusticia, es decir, pensaba que había deberes de justicia hacia los animales

porque estos tenían intereses y valor moral. Sin embargo, a pesar de que se ha pensado sobre el tema del valor moral de los animales desde entonces, a lo largo de la historia de la filosofía han sido pocos quienes han defendido la idea de que los animales tienen valor moral en sí mismos y de que, por lo tanto, sus intereses deben respetarse y protegerse por normas morales. A la lista de filósofos ya mencionados se pueden añadir los nombres de Mandeville, Paley, Bentham, Shelley, Tolstoi, Gandhi y Schweitzer, entre algunos de quienes han defendido el valor moral de los animales. No obstante, la inmensa mayoría de filósofos a lo largo de la historia ha pensado que los animales no tienen valor moral en sí mismos y que los humanos no tenemos deberes morales directos hacia ellos. En el mejor de los casos, han sostenido, nuestros deberes hacia ellos son indirectos, es decir, tenemos deberes hacia ellos en virtud de los deberes que tenemos hacia otros seres humanos, y así se justifica, por ejemplo, no ser cruel con los animales, porque quien es cruel con un animal termina siéndolo con un ser humano. El supremacismo humano ha dominado la historia de la filosofía. Esta es la idea de que los seres humanos somos superiores a los animales y de que sólo nosotros contamos en el terreno moral, y por lo tanto podemos dominarlos, controlarlos y subyugarlos; tenemos derecho a hacerlo. Es incontable la lista de filósofos que a lo largo de la historia han dado argumentos para justificar la supremacía de los humanos sobre los animales. Filósofos como Tomás de

Aquino, Descartes y Kant ocupan un lugar central en la historia del supremacismo humano. De distintos modos, ellos pensaron que los animales están fuera del círculo de consideración moral, que no tenemos deberes directos hacia ellos y que, en sí misma, la crueldad hacia ellos no es un vicio.

Lo que aquí llamo «supremacismo humano» es más o menos sinónimo del concepto de antropocentrismo, o sea, la idea de que el mundo debe interpretarse en términos de los valores y las experiencias humanas, y de que sólo ellas cuentan; en ocasiones también se usa el término «excepcionalismo humano», o sea, que los humanos constituimos una excepción tanto en el mundo natural como en el moral. La crítica al supremacismo humano se ha desarrollado de un modo sistemático sólo recientemente. De hecho, el giro copernicano en este tema se dio con la aparición, en 1975, del libro de Peter Singer, *Liberación animal*. En él, Singer proponía —como en su momento lo hizo Bentham, aunque sin elaborar la idea— que lo que realmente importa para la moral no es si los animales son racionales o hablan, sino si sufren. Singer proponía que la sintiencia es la base para atribuir estatus moral; la capacidad de sentir y en particular de experimentar placer y dolor son lo que fundamenta la atribución de valor moral y, por tanto, nos impone obligaciones morales hacia todo ser sintiente. Con esto, ampliaba el círculo de consideración moral a los animales. «Todos los argumentos para probar la

superioridad del hombre no pueden opacar este hecho duro: en cuanto al sufrimiento, los animales son nuestros iguales», afirmaba Singer. De este modo, hacía una crítica a lo que llamaba «especismo», una forma de discriminación injustificada basada solamente en la pertenencia a una especie. Esta es una idea que va de la mano con el supremacismo humano. El problema con el especismo es que la mera pertenencia a una especie no explica por qué los miembros de esa especie —así sea la especie *Homo sapiens*— tienen valor moral. La mera pertenencia a una especie es un hecho biológico, sin valor moral. La capacidad de sentir, en cambio, le da un valor especial a la vida de un individuo porque posibilita que su vida vaya a mejor o a peor desde su propia perspectiva.

El libro de Singer no sólo dio origen al movimiento animalista que lucha por los intereses de los animales, sino que también cambió el rumbo de la filosofía moral al mostrar que la cuestión del trato ético hacia los animales puede tratarse con argumentos filosóficos rigurosos y serios. Filósofos como Tom Regan, Gary Francione, Martha Nussbaum y recientemente Christine Korsgaard han abordado el tema del trato ético hacia los animales, aunque han diferido de Singer en su tratamiento teórico. Por ejemplo, mientras que Singer nunca ha defendido la idea de derechos animales, todos estos otros teóricos sí la han defendido de distintos modos.

Parte de la historia de cómo la filosofía ha abordado la cuestión del trato ético hacia los animales la cuenta Nely Lucano en el primer capítulo de su libro *A favor de los animales*. Sin embargo, su objetivo no es hacer una historia completa de lo que los filósofos han pensado sobre el trato moral hacia los animales, sino simplemente recordarnos algunos pasajes relevantes en esta historia y mostrar cómo los filósofos no siempre han sido ajenos al tema y se han manifestado a favor de los animales. Aunque hubiera sido sumamente interesante contar con una historia más completa del pensamiento ético en torno a los animales, y analizar más a fondo algunos de sus argumentos, su propósito va más allá de la mera historia de la filosofía. Lucano quiere argumentar varias tesis que están relacionadas. Aunque no están explícitas de este modo en el libro, creo que podríamos resumir algunos de sus objetivos de este modo: i) busca hacer una crítica de la idea de que los animales son equivalentes a cosas que carecen de valor moral, ii) sostiene que la base para la consideración moral de los animales reside en su capacidad de sentir, iii) critica lo que ella llama humanocentrismo (que es más o menos equivalente a lo que otros suelen llamar antropocentrismo), iv) critica el modo en que el capitalismo ha cosificado a los animales y v) argumenta en contra de una postura bienestarista y a favor de una postura abolicionista en nuestra relación con los animales. No estoy seguro de qué tanto logre la autora argumentar cabalmente todo esto en

un libro que es bastante breve —aunque algunos de estos puntos ya han sido argumentados por otros filósofos y ella los toma como punto de partida—, pero hay partes interesantes y novedosas en su planteamiento. El punto que me resulta más atractivo se encuentra en el capítulo dos, «La objetivación de los animales», en que introduce elementos de teoría marxista a la cuestión del trato ético hacia los animales. Creo que una discusión de este asunto puede decirnos cosas interesantes sobre las otras cuestiones.

Lucano utiliza la teoría marxista para abordar la cuestión del trato ético hacia los animales, específicamente para argumentar que bajo el modo de producción capitalista no sólo se usa a los animales como medios para satisfacer necesidades humanas, sino que adquieren valor de cambio. Según la teoría marxista, las cosas pueden tener tanto un valor de uso como uno de cambio. El primero es el valor que tienen las cosas en virtud de su capacidad para satisfacer una necesidad; éste es el valor que han tenido los animales históricamente en su relación con los humanos, los usamos para comer, vestirnos, divertirnos, etc. El valor de cambio, por otra parte, está determinado por la proporción en la que se intercambian las mercancías y por la cantidad de trabajo socialmente necesario que se ocupa para producirlas. Es el trabajo lo que iguala el valor y posibilita el intercambio de las mercancías. Lucano sostiene que, bajo el capitalismo, los animales son cosificados y se les termina

viendo como meras mercancías que tienen un valor de cambio. Los animales

se utilizan como productos, mercancías o instrumentos, aparecen como iguales, indiferenciables, idénticos, repetibles, etcétera, porque se abstrae su corporeidad, son portadores de valor y pueden equipararse con cualquier otra mercancía. Todos se conciben como mercancías; además, se les nominaliza..., desindividualiza, cosifica y el tema se aleja de la reflexión ética (43–44).

El problema, entonces, es que el capitalismo termina cosificando a los animales, viéndolos como meras mercancías.

Aunque el concepto de cosificación tiene sus orígenes en Marx (por ejemplo, en los conceptos de enajenación del joven Marx y en el de fetichismo de la mercancía, que usará posteriormente en *El capital*), fue desarrollado mucho más por Georg Lukács. Para Lukács, la cosificación consiste en considerar a un ser humano consciente como si fuera una cosa no consciente. Las relaciones humanas se cosifican cuando se transforman en meras relaciones mercantiles o de consumo. La cosificación es algo que sucede característicamente bajo el modo de producción capitalista. Eso mismo ha pasado, nos dice Lucano, con los animales: hemos cosificado a seres vivos conscientes, que tienen la capacidad de sentir; nuestras relaciones con ellos se han

cosificado, porque los hemos tomado como mercancías con valor de cambio. Eso ha implicado que los hemos dejado de ver como seres vivos ante los que tenemos obligaciones morales. Es a esto a lo que nos ha llevado el capitalismo.

Lucano tiene razón en su análisis en torno a la cosificación de los animales bajo el capitalismo. Sin embargo, su análisis invita distintas preguntas. En primer lugar, no parece ser exclusivo del capitalismo que veamos a los animales a partir de sus valores de uso y de cambio o que los cosifiquemos. Desde los orígenes de la domesticación, hemos visto a los animales a partir de su valor de uso y hemos tomado de ellos todo lo que hemos necesitado; desde los orígenes del comercio, hemos tasado sus vidas y las hemos intercambiado por otros bienes. Los hemos cosificado desde siempre porque no los hemos visto como seres conscientes con capacidad de experimentar sus vidas para bien o para mal. Todo esto lo aprendemos al voltear a ver no sólo la historia de la humanidad a partir de la domesticación, sino también la historia de cómo los filósofos han justificado el supremacismo humano y la cosificación de los animales. De nuevo, no creo que la cosificación sea un fenómeno exclusivo del capitalismo, sino que ha sido un fenómeno constante de nuestra relación con los animales a lo largo de la historia. En todo caso, el capitalismo ha intensificado algo que ya venía ocurriendo: ha llevado a extremos inimaginables la explotación de los animales. Por ejemplo, según la organización *Compassion in*

World Farming, 70 mil millones de animales se producen anualmente en granjas industriales en todo el mundo. A muchos de ellos se les confina a pasar sus vidas en pequeñas jaulas, hacinados, sin ver la luz natural, como si fueran máquinas de producción en vez de individuos sintientes. De hecho, en el tercer capítulo, Lucano presenta distintos ejemplos de cómo hoy en día usamos a los animales como si fueran cosas.

Una segunda reflexión a partir del análisis de Lucano es qué tanto nos ayuda la teoría marxista en la cuestión animal. ¿Necesitamos el marxismo para abordar la cosificación de los animales? Muchos pensamos que no, que podemos hablar de cosificación —e incluso hacer la crítica del capitalismo— sin invocar a la teoría marxista. Es posible, incluso, que la teoría marxista estorbe más de lo que ayuda en cuestiones de ética animal. *Grosso modo*, la ética marxista está basada en la idea de que debemos buscar la liberación de los seres humanos de tipos de relaciones cosificantes y enajenantes a partir del avance de los intereses de una clase universal, el proletariado, que a través de un cambio revolucionario terminará con el modo de producción capitalista, acabará con el Estado, sustentado en los intereses de las clases dominantes (la burguesía) e instaurará una sociedad sin Estado y sin clases sociales en la que cada quien aportará según sus capacidades, y recibirá según sus necesidades. Por un lado, ésta no parece ser una teoría ética completa que pueda abarcar la totalidad de

nuestras relaciones morales. Por ejemplo, no parece ser un enfoque que nos dé una teoría del valor moral, no sólo de los animales, sino en general —¿cuál es el valor moral de los embriones humanos para la ética marxista?, podríamos preguntarnos, o ¿qué justifica deberes morales que no tienen que ver con buscar una sociedad sin clases?— Para lo que aquí nos importa, no parece ser una teoría equipada con las herramientas teóricas necesarias para justificar la atribución de valor moral a los animales, que es justamente lo que tradicionalmente se les ha negado —a pesar de que pueda haber opiniones personales de Marx o de algunos marxistas como Horkheimer y Adorno condenando el maltrato animal—. Si no podemos justificar el valor moral de los animales, entonces tampoco podemos justificar que los seres humanos tengamos ningún deber hacia ellos.

Si el marxismo no tiene elementos para justificar la atribución de valor moral a los animales, mucho menos los tiene para justificar derechos animales, que parecen necesarios para justificar el abolicionismo. De hecho, el marxismo es famoso por negar la idea de derechos humanos. Marx pensaba que todo el lenguaje de los derechos no era sino producto de la sociedad capitalista: «El derecho igual es un derecho burgués», dice en la «Crítica al programa de Gotha». Los derechos humanos no son sino instrumentos creados para proteger los intereses de la burguesía. Si el marxismo no acepta la idea de derechos

humanos, parece que mucho menos aceptará la atribución de derechos a los animales¹.

Tampoco hay razones para pensar que, si la liberación de los seres humanos de la que habla el marxismo en la sociedad comunista sucede, esto conduciría a la liberación animal —de hecho, bajo el socialismo real la situación de los animales no era mejor que bajo el capitalismo—. Si la lucha por la liberación humana se llega a contraponer con la lucha por la liberación animal, no hay duda de que la primera se impondrá a la segunda. Con el advenimiento del comunismo, las relaciones entre los seres humanos podrían estar liberadas de la cosificación y la enajenación, pero si no hay una base para reconocerles valor moral, es probable que

¹ No niego que pueda haber modos sofisticados de justificar el valor moral de los animales desde el marxismo. David Sztybel, por ejemplo, trata de justificarlo a través del concepto de necesidades: las necesidades de los animales también merecen respeto y protección (véase su «Marxism and animal rights», *Ethics and the Environment*, vol. 2, no. 2 [1997], pp. 169-185). Sin embargo, el concepto de necesidad es más amplio y ambiguo que, por ejemplo, el de sintiencia; otros seres vivos también tienen necesidades, como las plantas o las bacterias, y no es claro cómo les podríamos atribuir derechos o si hay que introducir otro criterio adicional en el caso de animales y humanos. Ryan Gunderson también argumenta en contra de una perspectiva como la que presento aquí y sostiene que Marx no era especista ni antropocentrista y que estaba preocupado por el bienestar animal; véase su «Marx's comments on animal welfare», *Rethinking Marxism*, vol. 23, no. 4 (2011), pp. 543-548. La discusión sobre el tema es amplísima y no puedo abordarla aquí.

los animales seguirían estando tan cosificados y explotados como en cualquier otro periodo de la historia.

Se podría pensar que tal vez estoy llevando demasiado lejos el uso que hace Lucano del marco teórico marxista para el análisis de la cuestión animal. Ella misma aclara que la suya «es una crítica al capitalismo, pero no necesariamente es marxista ni a favor del socialismo» (39). Pero entonces no veo claramente por qué invocar conceptos clave del marxismo, así como a algunos de sus principales teóricos, para explicar algo que podría muy bien prescindir de todo esto. El uso que se hace de los animales bajo el capitalismo se puede criticar desde perspectivas teóricas diferentes, que sí den cuenta del valor que tienen los animales y de nuestras obligaciones hacia ellos.

Introducir el criterio de la sintiencia como base para atribuir valor moral, como lo hacen Singer y Lucano, parece ajeno al marco teórico del marxismo. No obstante, aquí me pregunto qué tan compatible es esa base para justificar la postura abolicionista que sostiene Lucano. Singer ha defendido la sintiencia como la base para atribuir valor moral y ha sido el sustento para su postura utilitarista, según la cual es nuestra obligación minimizar el sufrimiento animal y maximizar sus experiencias positivas. En esta empresa, Singer se ha negado sistemáticamente a atribuir derechos a los animales, argumentando que su teoría no necesita recurrir a ellos —históricamente, el utilitarismo ha tenido problemas para justificar los derechos humanos—.

Sin embargo, muchos de los críticos de Singer (como Regan o Francione) han sostenido que su teoría no protege suficientemente a los animales y que termina defendiendo una postura bienestarista y no una abolicionista, que sólo se logra reconociéndoles derechos. Según la definición de Lucano: «El bienestarismo es aquella tendencia moral que tiene como objetivo final regular o reformar el uso, explotación o sacrificio de los animales no humanos. Esta postura no aboga por la eliminación total del uso de animales no humanos, porque considera aceptable su utilización ya sea para el consumo humano, para la enseñanza o el entretenimiento» (59). En otras palabras, el bienestarismo justifica moralmente el uso de los animales siempre y cuando se evite su sufrimiento innecesario: si un animal lleva una buena vida y se le da una muerte rápida e indolora, ¿por qué no usarlo?, dice el bienestarista. Finalmente, lo que importa es que no sufra. Singer ha dicho que su teoría va más allá del bienestarismo, pero no siempre resulta claro qué tanto su postura apoya la abolición de toda práctica de explotación animal. Tampoco me resulta clara la estrategia de Lucano para argumentar a favor del abolicionismo a partir de la sintiencia. Me pregunto si ese criterio no conduce necesariamente al bienestarismo y si no necesitamos argumentar a partir de derechos animales para justificar el abolicionismo —es decir, la abolición de todo uso animal por parte de los humanos y que típicamente se basa en el reconocimiento de sus derechos—. No obstante,

la estrategia de Lucano no pasa por la justificación de los derechos de los animales. Muchos pensamos que es necesario justificar la atribución de derechos a los animales si nuestro objetivo último es la abolición.

Aunque uno puede echar de menos algunos temas y argumentos a lo largo del libro, hay que recordar que éste no promete una teoría completa de una ética animal, sino que desde el subtítulo advierte que se trata de «fragmentos filosóficos contra el especismo». Ciertamente, se trata de fragmentos estimulantes para la reflexión: presenta un punto de vista original para tratar la cuestión animal (como su crítica a la cosificación animal bajo el capitalismo), y nos da datos interesantes sobre los muchos modos en que los humanos maltratamos y explotamos a los animales. Es de agradecerse la aparición de un libro más en la escasísima literatura sobre ética animal en lengua castellana. Pero es todavía más importante agradecer que haya quien nos recuerde que los animales no son cosas, sino que sienten y tienen valor moral, que esto nos impone una actitud de respeto y ciertas obligaciones morales, y que eso conlleva todo un cambio de actitud hacia ellos (como convertirse al veganismo, que es algo que en distintos momentos argumenta la autora). Es, en fin, de agradecerse que haya gente, como Nely Lucano, que se tome el trabajo de defender desde la filosofía a los animales en una época en la que el capitalismo más desenfadado los cosifica, los toma como meras mercancías y hace abstracción del hecho de que

son seres que sienten y que atribuyen valor a sus propias vidas; una época en la que un insaciable interés por acumular dinero a costa de lo que sea los ve como meras materias primas y los masacra de un modo nunca antes visto. Por estas razones y muchas otras vale la pena leer el libro.

Gustavo Ortiz Millán
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
gmom@filosoficas.unam.mx